



SUPLEMENTO (*)

DIA QUINCE.

San Mauro, Abad.

SAN MAURO, célebre propagador de la vida monástica, era romano, y de una de las familias mas nobles. Siendo aun niño lo puso su padre, llamado Eutiquio, bajo la direccion y enseñanza de San Benito Abad, consagrándolo á Dios para que le sirviera en la vida monástica; en la que aprovechó tanto en breve tiempo con el auxilio de la gracia, que era admirado de su mismo maestro, quien lo proponia frecuentemente á los demás discípulos por ejemplar de todas las virtudes y de especial observancia monacal. Siendo jóven dió un admirable ejemplo de obediencia que recomienda San Gregorio papa, y que Dios hizo resplandecer con un milagro. Fué el caso, que habiéndose sumergido en las aguas de un lago un monje llamado Plácido, mandó San Benito á San Mauro que lo socorriese, lo que hizo al momento arrojándose á la agua, y andando sobre ella tomó á Plácido por los cabellos y lo trajo á tierra. Enviado á las Galias por el mismo San Benito, edificó el célebre monasterio que rigió con sumo cuidado por espacio de cuarenta años, propagando maravillosamente la disciplina monástica. Así llenó sus dias y así llegó hasta la edad de mas de setenta años, en que, esclarecido por la santidad y los milagros, volvió á los cielos á recibir el premio de sus virtudes, el año 575 de Cristo.

(*) Por no haberse encontrado con oportunidad los datos necesarios para escribir las vidas de los Santos que pasan á referirse, se dejaron para colocarlos despues del mes en este suplemento; y son cortas, porque aquellos tambien lo son.

DIA VEINTE Y UNO.

San Fructuoso, obispo y mártir.

SAN FRUCTUOSO, ciudadano y obispo de Tarragona, padeció el martirio en la persecucion de Valeriano y Galerio contra los cristianos. Entre los mas acérrimos perseguidores del nombre cristiano se distinguia Emiliano, quien venido como presidente á Tarragona, de pronta providencia hizo poner en la cárcel al Santo obispo, y llamándolo á su presencia á los tres dias, procuraba, ya con astucia, ya con amenazas desquiciar de la fé el heróico pecho de aquel soldado de Cristo. Pero su constancia y aliento en confesar la fé y sostener el propósito de la virtud, bien pronto desengañaron al tirano de que ni la blandura, ni el rigor, ni el fuego, ni el hierro son capaces de hacer balancear un corazon sostenido de la virtud divina; por lo que decretó que el glorioso confesor fuese quemado vivo. Dispuesto el anfiteatro y conducido á él el Santo mártir, fué tanta la sensacion que causó en el concurso tan lastimosa ejecucion, que aun muchos de los gentiles lamentaban la injusticia y crueldad de su muerte. Ofrecian algunos cristianos al Santo obispo una copa con mixtura de sustancias aromáticas, para embotar en lo posible la viveza y acerbidad de aquel tormento; pero San Fructuoso, observador exactísimo del ayuno, lo rehusó, diciendo con mansedumbre y suavidad: "Prescindid de ese empeño: todavía no es hora de quebrantar el ayuno;" y á un cristiano, que tomándole la mano le pedía se acordase de él en la presencia de Dios, le respondió lleno de ternura: "Toda la Iglesia católica, difundida desde el oriente al occidente, tengo en mi corazon, y necesario es que la tenga en mi mente."

Convirtiósse luego el Santo pastor á sus ovejas, y consolándolas paternalmente, les pronosticó que nunca les faltaria pastor; y dicho esto, alegre y seguro subió á la pira que ya comenzaba á arder, y puesto en ella de rodillas, bendecía, alababa y glorificaba al Señor desde la hoguera, cuyas llamas, creciendo por momentos y circundando al glorioso mártir, redujeron á cenizas su santo cuerpo; mas no consiguieron enervar la actividad de aquel otro fuego divino que ardia en su corazon y que llevó á los cielos su purísima alma: víronla subir Babylon y Migdonio, cristianos, á la mansión celestial, rodeada de ángeles y ceñida con la corona de su triunfo.

Llegada la noche ocurrieron los cristianos al lugar del martirio, y cada uno tomó y llevó consigo lo que pudo de las sagradas cenizas; pero apareciéndoseles San Fructuoso les ordenó que las reuniesen y sepultasen en un solo lugar; de donde con el tiempo se han llevado parte á Manresa, parte á Barcelona, quedando otra en Tarragona, y la porcion mayor en el convento de benedictinos de Génova.

DIA VEINTE Y CINCO.

San Juvencio, y San Máximo mártires.

San Juvencio, llamado así por Teodoro, aunque algunos le dicen Juventino, y San Máximo, á quien otros llaman Maximiano ó Maximino, eran soldados de ejército, bajo la tiranía de Juliano Apóstata: profesaban la religion cristiana, y se distinguian por su piedad y religiosidad no comun, y por su instruccion en las sagradas letras; por lo que no es extraño que fuesen, como dice Theodoro, oficiales de distincion y dignidad en el ejército del emperador.

Estos fervorosos cristianos y esforzados militares, hallaron el camino para la verdadera gloria, donde otros encuentran el vehiculo para su perdicion y su ignominia. Sucedió, pues, que hallándose en un convite, se sintiese afectada su delicada virtud por la licencia, desenfreno é impiedad de otros concurrentes, y que lamentándose entre sí de la decadencia de la religion, causada por la apostasia á que eran inducidos los cristianos por el impío Juliano, fuesen escuchados por cierto satélite del emperador que le refirió lo que habian hablado. Acaecia esto en circunstancias que Juliano, queriendo comprometer y vejar á los cristianos, habia infestado las fuentes y los rios de Antioquia, mandando que se echasen en sus aguas las victimas inmundas y sacrílegas que por su órden se habian ofrecido á los ídolos; por tanto, no fué necesario mas sino que se impusiese al desnaturalizado emperador, de la piadosa queja de aquellos militares, para que al momento mandase, como lo hizo, que fuesen reducidos á prision, en la que los detuvo por algun tiempo, mandando ántes confiscarles todos sus bienes, en términos de no dejarles ni aun el vestido.

Llenóse la cárcel de muchos cristianos animosos, que no temiendo las iras del emperador, iban á visitar á los Santos confesores de

Cristo, para consolar y alentar su espíritu. Mas no era necesario esta diligencia, porque nuestros Santos estaban tan regocijados de la dicha que iban á lograr, que ántes bien ellos consolaban y animaban con su ejemplo á sus caritativos amigos. Sabido esto por Juliano, cuya malicia no perdonaba ocasion ni medio para seducir y corromper á los fieles, hizo que entre los cristianos piadosos que entraban á la cárcel, se mezclasen dos de los apóstatas mas artificiosos, para que hablando privadamente con Juvencio y Máximo, procurasen atraerlos á la idolatría; mas repelidos por estos generosos confesores de Cristo, con unas respuestas tan sabias y piadosas, como decididas y valientes, volvieron á informar al emperador del éxito de su diligencia; con lo que desengañado Juliano, mandó que en las tinieblas de la noche fuesen conducidos á extramuros de Antioquia, donde á la sazón se hallaban, y degollados en silencio. Así se ejecutó, quedando los cuerpos tirados en el campo, y sus separadas cabezas, por un raro prodigio, con las facciones mas hermosas y agraciadas, que si estuviesen vivos; de modo que los cristianos, que despreciando su propio peligro, ocurrieron á sepultarlos, á una voz clamaban bendiciendo al Señor, y repitiendo en loor de su santa amistad, aquel verso de David: "En su vida no se separaron, y en la muerte no se han dividido." ¡Oh santa amistad, cuyo vinculo es la caridad, cuyo efecto la recíproca edificacion, cuyo objeto el servicio de Dios y la santificacion de las almas, cuyo fin la union santa con Dios, y cuyo fruto su fruicion soberana.